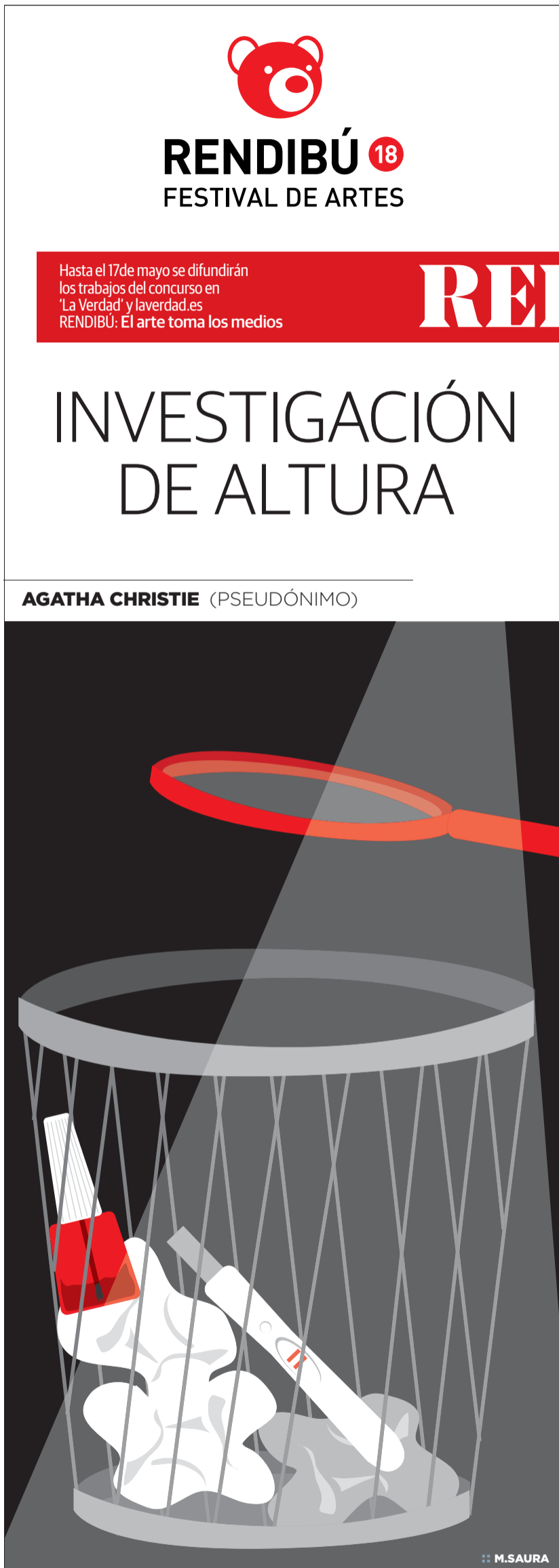


Tener en la infancia una profesora adivina es todo ventajas. “Esta niña llegará muy alto”, le apuntó a mi madre en los primeros años. “Lo que se proponga, lo conseguirá”, le auguró en el último curso. Y como creo en esas cosas del destino a pies juntillas, pues eso, que dicho y hecho, aquí estoy en lo más alto del edificio de las oficinas de la Banca Merkel de mi ciudad. Y yo, para remate, desde pequeña me propuse ser detective, en ello estoy y me temo que con bastante tino, porque no hay entuerto que se me cruce que no sea capaz de desentrañar y, si no, al tiempo.

Ante todo hay que ser una gran profesional, los experimentos en estos asuntos se vuelven, tarde o temprano, contra una y mi prestigio detectivesco no lo pongo yo en peligro por una bagatela cualquiera. La rutina, esa menudencia tan poco valorada, es el secreto del éxito en esta empresa que me he propuesto. Pues sí, lo reconozco, cada vez que entro en uno de los despachos vacíos de la última y más ilustre planta dejo los trastos a un lado y me lanzo, como una posesa, directa a la papelera. Ojo, todo investigador que se precie sabe que no hay mejor procedimiento para recabar información sobre un caso que el de revolver entre la basura del sospechoso, nada de tontunas rebuscando en el armario esquinero de su cocina, o acaso alguien guarda ahí algo de interés. Lo tengo archicomprobado, en cuanto tiramos algo nos preocupamos totalmente, como si hubiera un antes y un después en nuestra vida al dejarlo caer en el ecosistema basuril, principio este tan elemental como poco despreciable porque lo que no tiramos dice muy poco de nosotros. Y ahí es donde comienza mi verdadero e infalible olfato de investigadora, porque lo que es a mí, a mí no se me escapa nada.

En el almacén de los carros de la limpieza hay unos armarios que nadie utiliza, o eso se cree mi encargado. Desde el primer momento me los adjudiqué y los he convertido en la caja fuerte de los secretos ajenos. En uno almaceno lo de doña Estirada, la del despacho del fondo. En el otro, los desechos del jefe de la oficina. El tercero es para todos los trastos y pistas de vida íntima del personal, esos que tiran al tuntu en cualquier canasto.

Los martes me encantan. Ese día doña Estirada tiene la tarde libre; entonces me meto en su despacho y disfruto como las locas. Cojo y me siento en su silla giratoria y me pongo ahí toda repanchingada como una señora. Y me tomo mi tiempo recreándome con las vistas de la ciudad desde el pedazo de ventana que tiene la tía, oye, ¿será esto a lo que se refería mi maestra de primaria cuando decía que yo llegaría muy alto? Me fumo un par de cigarros americanos de los que tiene en su cajón y me flipo, tanto, que hasta echo el humo poniendo morritos imitando a las modelos de pintalabios. Saco de su armario secreto los taconazos de aguja que esconde, que ella sabrá para qué los tiene ahí en esa madriguera, me remango la bata de la empresa, me dejo el musulmen al aire y así me paseo de un lado para otro dándome los mismos aires que ella se toma mientras



AGATHA CHRISTIE (PSEUDÓNIMO)

le dicto una carta a mi secretaria fantasma.

Sí, ¿dígame? Efectivamente, habla usted con la jefa de inversiones. Compre dos millones de acciones a la baja y véndalas inmediatamente al alza suelto con voz de marisabidilla mientras apoyo el auricular en

el hombro al tiempo que me limo las uñas. Pero es que claro, todas estas cosas yo las sé de muy buena tinta porque soy muy de fijarme en las películas y además está lo otro, lo de ser detective. Pues eso, que las acciones se compran y se venden para después poder darse postín y comentar por



RENDIBÚ 18
FESTIVAL DE ARTES

Hasta el 17 de mayo se difundirán los trabajos del concurso en 'La Verdad' y laverdad.es
RENDIBÚ: El arte toma los medios

RELATOS

INVESTIGACIÓN DE ALTURA

los pasillos: “¡He dado el pelotazo del siglo!”.

Bueno, a lo que íbamos, que lo primero es lo primero. A ver qué ha tirado esta hoy. Pintauñas casi sin gastar, me lo quedo. Medio sándwich sin tomar, me lo guardo para luego. Un puñado de clínex mojados y sin mocos, esta tiene llorera pero no está resfriada. Un par de pantys rotos y sin una sola carrera, anda que ya le vale, ¡mira donde tiene el desgarrón la muy guarrona! Nunca se deben minusvalorar los hallazgos de la papelera de doña Estirada, esta mujer es un pozo sin fondo, es todo un reto para mi labor policial.

Y ahora este otro. Porque claro, el despacho del jefe nunca sé a ciencia cierta cuando lo puedo limpiar. Si tiene junta de accionistas, acaba a las tantas. Si tiene trabajo, acaba a las tantas. Si tiene la luz encendida y la llave echada, acaba más allá de las tantas. O sea, que la mayoría de los días me toca plantarme en las oficinas bien tempranito por la mañana antes de que llegue el personal y ese extra luego qué, pues eso, que para mí queda. Mira que me he preguntado veces qué pinta ahí el dichoso sofá que tiene detrás de la puerta. Por más vueltas que le doy, es que no, que no lo veo. Si hasta me he sentado en él en un par de ocasiones. La primera vez me aburrí soberanamente, ahí sentada y mirando una pared. Si al menos tuviera una mesita con un televisor enfrente. Pero como yo soy muy de darle vueltas a las cosas, pues eso, que no me conformé con que fuera únicamente un sofá para visitantes sosos. Y me tumbé todo lo larga que soy, y nada, que también me desesperé, yo ahí mirando al techo sin saber qué hacer, aquello se me hizo eterno. Pensé que quizá si mullera un poco los cojines igual me sentiría más como en mi casa... ¡Anda, y yo que me creía que las papeleras eran como un libro abierto! Aquel tresillo sí que era toda una enciclopedia porque entre monedas, cajetillas de tabaco aplastadas, un calcetín desaparejado ¿quién se habrá ido a su casa con un pie calzado y otro no? , revistas viejas como esas que escondía mi hermano entre los libros del instituto y... ¡un tanga! Vaya lío, esto de los tangas es muy traicionero porque como no tienen talla a ver ahora cómo indago quién es su dueña. Y digo yo, si un día me voy de un sitio sin llevar las bragas puestas lo notaría antes de llegar a mi casa, ¿no? Pero en fin, estos son los gajes del oficio y uno de los muchos sinsentidos con los que tenemos que lidiar los profesionales de las pesquisas, ni más ni menos.

A falta de más indicios incriminatorios, decidí meter el tanga incautado en el cajón de doña Estirada a ver qué pasaba. Y pasó. Al día siguiente no había ni rastro de la prueba y mira que rebusqué por todo su despacho. Incluso vacié el cesto del cuarto de baño del personal por si le había dado un patatús encontrárselo y hubiera preferido deshacerse de él en una papelera neutral. Pero nones. La prueba del delito no había salido de aquel edificio por el conducto natural, que ese lo tengo yo más que controlado. Ante tales hechos, preferí no husmear más allá de la evidencia. Nadie se guarda ni se lleva en su bolsillo un tanga que se encuentra, salvo que sea suyo, claro.

Pero yo no bajé la guardia ni por un momento. Tanto, que hasta adelanté mi turno de llegada para poder seguirle los pasos a la sospechosa. Y así fui tomando nota de los acontecimientos con mi inquebrantable intuición detectivesca. Curiosamente, un viernes llegó igual vestida que el día anterior, pero peor peinada. Casualmente, al otro día de examinar en su papelera bastantes puñados de clínex mojados y llenos de restos de rímel, apareció en su despacho un impresionante ramo de flores, de esos que solo justifican un: “Perdóname por lo que te hice”. Sospechosamente, su hora del café nunca coincidía con la del resto de la oficina, ella salía de su despacho tras recibir una llamada tan corta como misteriosa que le hacía elevar sus cejas y ajustar nerviosamente su falda.

Por fin un día el caso lo di por cerrado. Para poder resolverlo con todas las de la ley, tan solo necesitaba que las circunstancias se pusieran de mi lado. Y las circunstancias se pusieron aquella bendita tarde que se la dieron libre a todos a causa de no sé qué fusión por la que, por lo visto, se iban a mover algunas sillas. Todos empezaron a mirarse muy raros los unos a los otros, pero yo nunca entendí la razón por la que mover sillas pudiera hacer que la gente se pusiera tan de los nervios, si llego yo a saber este efecto secundario de las sillas a más de uno le hubiera yo meneado la silla y hasta el sillón. Antes de dejarme sola, me dijeron que me diera prisita con mi trabajo porque tenía que quedarse todo despejado en media hora. Lo que mi supervisor no sabía era que yo, esa tarde, con cinco minutos tenía más que de sobra.

Con el sigilo que nos caracteriza a los detectives abrí la puerta del jefe. Una vez más, miré el sofá y me tomé la libertad de ahuecar los cojines para dejarlos bien colocados por última vez. Después me acomodé en su sillón de mandamás, arranqué un post-it y con la bonita caligrafía que mi maestra me había enseñado cuando me decía que yo conseguiría todo lo que me propusiera, escribí: “Este Predictor lo encontré en la papelera del despacho de la dueña del tanga que un día hallé entre los cojines del sofá. Le agradecería que en los veinte dígitos que le facilito me ingrese, lo antes posible, el precio que al alza estime oportuno con el fin de que esta información no llegue a su señora esposa. Atentamente suya: Herminia Holmes Poirot. Agencia de detectives Los ángeles de Charlie”.